LOS SERES MÁS BELLOS

Manuel Tejedor Rábano

LOS SERES MÁS BELLOS

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, marzo de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-83-1
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-6021-2024

1. Diosa que originas

a) Diosa que originas

b) La mujer sin límites

c) En el harén

1. a. Diosa que originas

Diosa que originas

Cuántas veces el precipicio de mis sienes
arrasó con sus profundidades tu vientre.
Cuántas veces mi temblorosa mano palpó el vacío.
¿Qué no es, excepto el rastro herido que se desangra?

Cuántas veces las huellas babosas de los gusanos
se arrepintieron de morder la carne,
porque el aire que danzaba en rededor de tu cuerpo
contenía el cáliz de la vida entre sus vientos.

Cuántas veces devoraron mis sentidos hambrientos
tus manos, que tejían mis venas como hilos,
la trama y la urdimbre de mi carne herida,
mi mirada alucinada, volviendo virginal a mi vista.

Cuántas veces los fusiles de la vida se contuvieron
al alba de disparar, inmisericordes, la fe por la muerte,
solo porque desplegabas un mundo de blancas banderas
como arrabales de aleluyas que soñaban la realidad.

Cuántas veces sorprendí el triunfo del coraje por tus mejillas.
El preciso color rosa pálido carne, sombreando tu milagrosa sonrisa,
cuando el fango loco y su color desembocaban sus lodos de iras
y no se podía beber de las límpidas aguas del río de los orígenes.

Cuántas veces me refugio, perdido, en las riberas,
donde las arenas aguardan ser arrastradas.
Cuántas veces espero como lago cercado de soledad
tu corriente vivificadora, siempre tu sangre corriente, que no espera.

Carmina

Cuando los años son tez amarilla de la faz
y los pechos, caídos y rotos, han fracasado ya
en el reposo de la decadencia,
Carmina tiene la paz.

Ya no será el cuadro impresionante y ambulante
de las tardes domingueras de la ilusión y el paseo.
Ya no se pondrá polvos en la cara
ni rojos coloretes.

Fin será ya de las murmuraciones y los decires
de las mentes beatas de corcho embetunado,
que flotan a la deriva del río vida,
porque son huecas y están embreadas.

¡Carmina de los labios rojos
cuando el amor es azul
y se va al cielo!
¿Quién lo encuentra?

Carmina, en las noches estrelladas,
pide a los luceros su luz,
pero ante tanta oscuridad,
¿quién al amor encuentra?

¡Esperando siempre, Carmina!
A los quince, que el próximo año,
cuando el sol pusiese rubio el trigo,
llevar a las fiestas el primer vestido entallado.
¡Y mientras el verde trigo desesperanzado!
A los veinte, murió tu madre de trabajo.
Ella, que sabía algo del amor,
se fue y te dejó,
y tu padre, que trabajes, ¡que aún es temprano!

A los veintiséis, murió tu padre de trabajo.
A los veintiséis y cinco días, en el campo,
trabajando en las tierras del amo,
cuidando de tus hermanos.

Y pasaron cinco años con luto oficial en tu vestido esclavo.
¡Carmina, eras en la batalla una mujer sin armas,
ya los surcos de la tierra en tu cara
habían prendido!

Al paso de unos pocos años, nuevas arrugas,
fueron días de romper espejos, de melancolía,
de espantar a caciques, buitres, gentes barrigudas,
experimentados en llover en el alma agua fría
para ver si se ablanda y resquebraja.

¿Te acuerdas…? Esos días fueron los de la ira,
después los colores chillones de tapar arrugas,
las risas sarcásticas de los mozos
de los paseos con los brazos libres de amigas
y la valentía de dar tu amor sin recibirlo…

… fue a los cuarenta y tantos años de lucha
y la derrota hecha paz amarga,
a los cuarenta y tantos años de virginal
búsqueda del amor.

… fue brindar una vez el amor a un hombre
y después silencio… silencio
que viene de la dictatorial incomprensión,
después de que como varón cumpliese su labor.

Ya solo te queda ser buena tía,
porque solo la risa de tus sobrinos
es en ti una leve sonrisa
y tu cuerpo se llena de fugaces fugitivos.

Carmina de los labios rojos.
¡Cuando solo queda el dolor, cómo duele, y no te quejas!
¡Qué equivocación,
cuando ibas a los rojos del verde,
darte el incoloro!

La mujer de mar I

Me miras
como la tempestad del mar
cuando, en plena calma,
elige a los que va a ahogar.

Te miro
con el coraje del marino
que elige embarcar o eludir puertos en alta mar
cuando la mar, encelada, le reclama.

Ella canta solitariamente

La cantante solitaria de la luna azul de agosto
quemó sus labios en besar un sol ardiente pero callado.
Canta al amor desde su entrepierna sonámbula y abierta,
faldas rasgadas por miradas, dejando entrar sémenes malolientes,
[estériles.

Sus pechos no huelen a Vía Láctea
ni se palpa en ellos el marfil ni el nácar
de la luna blanca.
Un nauseabundo hedor a sudor de papel dinero
los cosquillea y amarillenta.

Ella canta solitariamente cada noche
en que los desiertos meditan.
Tiene tan próximo el éxito que lo palpan, cobrizo de pene,
sus pálidas manos.

Pero ella no vuelve a notar la pasión
de peces entre los muslos,
que un día nacieron
de una lúdica canción de amor.

El vicio, tantos años agarrado a las carnes,
se ha vuelto espíritu en algunos.
Esta alma hace revivir su carne putrefacta,
respiran para vivir la niebla de tabernas y tugurios.

Como tiernos niños asidos a los pechos,
todo lo maman y miman.
Ella canta solitariamente mientras yo me acerco a ellos.

Un día, tras la niebla, veré un espejo
con mi cara reflejada en el escenario,
más las ojeras, alguna cicatriz, cierta papada de nervios abatidos.

Aún su canción me gusta,
aún ella me apasiona y espanta.
Ella escribe, con su boca, besos que yo leo en la penumbra.

Algo debe estar muriendo, porque, lúcido, adivino, comprendo,
consigo… mas no sé ya distinguir tantos sueños
en este mundo de sueños.

La bruja

Desde el vértigo abismal de las vísceras abiertas,
con conjuros de latidos como torrentes de sangre,
aguardo la devoración de una fiera sobre mis venas,
toro negro por donde cornea la noche obscena.

Nadie puede escapar al influjo de la luna.
Los seres heridos del sol buscan las tinieblas,
el hado fortuito que los rapte del destino,
la fuerza mágica del hechizo de una mirada.

Iré en procesión, con otras brujas, a ser poseída,
mas con mi entrega poseeré algo al fin.
Me volveré dragón, mas nunca cautiva de un señor,
dominaré aquello que un suspiro de intuición entrevea.

Engendraré en mi vientre un hijo de Satán,
mas semejante monstruo será parido y adorado.
Desvelaré la niebla de mi imaginación
como quien en la cima se desploma al precipicio.

La realidad no volverá a escapárseme entre las manos,
porque cambiaré su gesto altanero a dominado.
Seré el propio dios de mi alma enajenada,
el propio demonio de mi cuerpo desbocado.

Llevaré en procesión los espíritus a los infiernos,
tirándolos hacia delante o hacia atrás, cueste lo que cueste.
Obviando moral, bondad, belleza, con tal de ser rayo,
desnuda y danzando, espero bañarme con rielo de luna.

La dama bruja

La dama de las luces amarillas
en la noche azul se descubrió, desnuda,
bañándose con estrellas rezagadas.
¡Caían formando cascadas de espuma!

Su pelo
negro de noche ennegrecida,
la noche
de su pelo ennegrecida.

Las miradas en las pupilas dejaron de ser fugitivas.
Una visión que llegaba al corazón
se clavó certeramente en los iris abiertos
y las concupiscencias dejaron de ser obscenas.

Un sonoro silencio de rebeldes letargos
se desató como tormentas sin horizontes.
Una mirada que creaba las pasiones
desveló lo que la luz no alumbraba.

Los manantiales de la vida brotaron
como puñales desenvainados al acecho
con el hechizo de una voz callada,
que parece convencer al acercarse al beso.